

Massal, J. (2014). *Revueltas, insurrecciones y protestas. Un panorama de las dinámicas de movilización en el siglo XXI*. Bogotá: IEPRI Universidad Nacional de Colombia, 490 pp.

Edwin Cruz Rodríguez¹

En esta obra la profesora Julie Massal, doctora en ciencia política por la Universidad Aix Marseille III e investigadora del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, presenta una síntesis de varios años de investigaciones sobre los movimientos sociales. Su punto de partida es una insatisfacción con ciertos sesgos de los marcos teóricos dominantes, enfocados en especial en casos occidentales caracterizados como regímenes formalmente democráticos y cuyas categorías han sido cuestionadas por las movilizaciones mundiales desde 2011.

Las cuidadosas reflexiones exploratorias de la profesora Massal, organizadas en tres grandes partes, examinan en una perspectiva comparativa, y a partir de estudios de caso intercontinentales, los cambios en las dinámicas de movilización y sus impactos desde los años noventa. También sugieren enfoques y problemas de investigación sobre las movilizaciones contemporáneas.

En la primera parte realiza una contextualización de la acción colectiva a escala global, regional y nacional, que resalta el cambio de rol del Estado, la reestructuración de las relaciones de poder y la emergencia de nuevos actores –como la denominada “sociedad civil global”– con roles ambivalentes en las relaciones internacionales. En este contexto destaca la tendencia creciente entre los movimientos sociales a recurrir al ámbito de lo transnacional y, a nivel nacional, las complejas tensiones que acarrearón en América Latina los procesos simultáneos de democratización de los regímenes políticos, acompañada de reformas a los sistemas electorales, implementación de mecanismos de participación y ampliación de los derechos ciudadanos, y de reforma neoliberal del Estado, que limita la capacidad para garantizar esos derechos y conseguir por esa vía legitimidad.

1 Polítologo de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: ecruzr@unal.edu.co

En la segunda parte examina la experiencia de los movimientos sociales, campesinos e indígenas en Bolivia y Ecuador, entre 1990 y 2010. La profesora Massal analiza fenómenos que influyen en los procesos de movilización, particularmente los cambios en los patrones de identificación, que transitan desde la identidad de clase, complementada o sustituida por otro tipo de identificaciones, étnicas, religiosas, culturales, de sexo-género, que cuestionan las formas de pertenencia a la comunidad nacional. Para la autora, los procesos de transición a la democracia y reforma estatal forjaron una estructura de oportunidad política más favorable a las identidades étnicas que a las de clase, en un contexto internacional propicio, caracterizado por el fin de la Guerra Fría y la emergencia de una agenda internacional benévola con esas identidades, y de cambio en los discursos y repertorios de acción que en general van abandonando el horizonte revolucionario.

Con este telón de fondo nos ofrece un estudio del proceso político seguido por algunas organizaciones de los movimientos campesinos e indígenas bolivianos, principalmente el Movimiento Al Socialismo Instrumento por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP). Se trata de una reconstrucción, con un importante nivel de detalle, del devenir de los actores articulados en esta plataforma hasta el triunfo electoral de Evo Morales en diciembre de 2005, las características de su gobierno, los avances del proceso constitucional y sus problemas, y las tensiones entre el gobierno del MAS y parte de sus bases indígenas. Si bien el análisis es rico en matices y resalta las tensiones y la diversidad de apuestas entre los actores sociales y étnicos, tal vez pasa por alto la experiencia organizativa y política que el movimiento cocalero hereda del sindicalismo minero. Fueron trabajadores mineros desempleados los que migraron a las zonas cocaleras, luego de la imposición de las políticas neoliberales con el famoso Decreto Supremo 21.060 de 1985, llevando consigo una importante tradición de lucha sin la cual difícilmente puede comprenderse su desarrollo político posterior.

Los procesos de los movimientos sociales e indígenas en Ecuador se examinan en dos fases: el auge, entre 1996 y 2000, y el declive luego del golpe de Estado del 21 de enero de ése último año y, sobre todo, luego de la participación del movimiento indígena en el gobierno de Lucio Gutiérrez (2003). El declive, que en buena medida se explica por los desacuerdos en el interior del movimiento indígena, agravados con su paso por el gobierno, se manifiesta en su notable ausencia en la “Rebelión de los forajidos” (abril de 2005) que dio al traste con el gobierno de Gutiérrez pero que, a diferencia de lo sucedido anteriormente con Bucaram (1996) y

Mahud (2000), no fue agenciada por el movimiento indígena sino principalmente por las clases medias de Quito descontentas con la corrupción. Para la autora, el golpe de Estado del 21 de enero de 2000, en el que participaron indígenas y militares, ahondó la dinámica de ruptura entre el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik (MUPP) y la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) (Massal, p. 215); pero queda por explicar cómo es que este partido se opone al golpe de Estado en el que participa la CONAIE con sectores militares y dos años después decide apoyar el partido del ex coronel Lucio Gutiérrez y formar parte de su gobierno (Massal, p. 216).

Aunque al final de cada uno de estos estudios de caso se formulan algunas reflexiones comparativas sobre la relación entre movimientos sociales y democratización, quizás el amplio conocimiento y las conienzudas interpretaciones de los acontecimientos hubiesen podido potenciar una comparación más sistemática.

Finalmente, la tercera parte presenta una reflexión de corte teórico, pero apoyada en un estudio comparado de las revueltas árabes de 2011, sobre el rol de las emociones en la movilización social. Con el fin de sugerir la necesidad de una renovación teórica y metodológica en los estudios sobre movilización, la autora realiza un recorrido por los enfoques dominantes (acción racional, enfoques estructuralistas, paradigma de la movilización de recursos, teorías de los marcos), destacando aquellos que incluyeron una preocupación por las emociones (psicología de las masas, teorías de la frustración-agresión). Luego reconstruye críticamente el “paradigma emocional” desarrollado por James Jaspers y sus colaboradores en la última década. Tal teoría enfatiza el estudio de lo microsociales y, entre otras cosas, presenta una tipología de las distintas emociones que propende por el desarrollo de estudios empíricos. Por último, se propone un estudio exploratorio de las revueltas árabes, principalmente de los casos de Túnez y Egipto, que empieza por una crítica a los lugares comunes sobre estas acciones: las explicaciones basadas en la “frustración relativa”, las que sobrevaloran la influencia de las tecnologías de comunicación e información y las que se basan en prejuicios esencialistas. Si bien a lo largo del estudio se alude al rol de las emociones, el eje de reflexión no está centrado en dicho problema, sino más bien en los contextos políticos y socioeconómicos de las revueltas y las perspectivas con que se han visto.

Como la profesora Massal recalca en varios momentos, su intención no es formular hipótesis cerradas, sino un conjunto de reflexiones ex-

ploratorias sobre los retos teóricos y metodológicos que la acción colectiva contemporánea plantea. Por esta razón, más que en una interpretación, la riqueza de la obra radica en la multiplicidad de miradas, matices y preguntas que deja formuladas. Por ejemplo, insiste en la necesidad de avanzar en una discusión sobre los regímenes democráticos y su influjo sobre las dinámicas de movilización que vaya más allá de las distinciones entre democracias y autoritarismos propios de la “transitología”, de pensar la acción colectiva desde los contextos globales pero volviendo también sobre estudios empíricos microsociológicos capaces de explicar las motivaciones de la participación, y de cuestionar las perspectivas racionalistas de los enfoques dominantes en Occidente, para examinar el rol de lo emocional, entre muchas otras cosas. Con todo, existen algunos aspectos que merecen ser problematizados. Tal vez en aras de enfatizar la pertinencia del enfoque emocional se desconocen aportes importantes de los enfoques dominantes, principalmente del basado en “los procesos políticos”.

Primero, hay una crítica al concepto de “estructura de oportunidad política” según la cual “al estar inicialmente centrada en países de régimen democrático, la teoría asume muchos de los planteamientos como válidos para todos los regímenes, sin realizar una reflexión del todo explícita sobre esta variable” (Massal, p. 292). Así, omite estudios clásicos de esta corriente que analizaron precisamente el papel de la movilización social y las estructuras de oportunidad en la caída de los totalitarismos de Europa oriental hacia 1989, examinando de cerca las particularidades de los regímenes autoritarios (McAdam, McCarthy y Zald Mayer, 1999). Segundo, resulta problemático afirmar que esa teoría defiende que “la democracia corresponde con un nivel menor de represión (o el régimen autoritario con un nivel mayor)” (Massal, p. 293). Por una parte, el nivel de represión no ha sido una variable clave en la definición del tipo de régimen, hay democracias más represivas que los mismos autoritarismos. Por otra, autores emblemáticos de esa perspectiva, como Sidney Tarrow, han llegado a afirmar que si bien comúnmente se cree que los regímenes autoritarios reprimen la movilización mientras los democráticos la facilitan,

[E]xisten aspectos de los estados represivos que fomentan la acción colectiva y características de los representativos que privan a los movimientos de su aguijón. Es mejor considerar la represión y la facilitación como dos continuos distintos que como los opuestos polares característicos de tipos diferentes de estados. (Tarrow, 1997, p. 167)

En otras palabras, tanto los regímenes democráticos como los autoritarios utilizan la represión, brindan oportunidades e imponen constricciones a la acción colectiva. Finalmente, la profesora Massal critica dicho enfoque porque “aún predomina una visión bastante determinista y estructuralista de lo que genera la acción” (p. 296). No obstante, el clásico libro de Tarrow y la compilación antes citada son claros en tomar la estructura de oportunidad política (EOP), junto con las estructuras de movilización y los marcos de acción colectiva, como “macrovariables” que interactúan para explicar las dinámicas de la acción colectiva. Es decir, el enfoque del proceso político no supone que la EOP por sí sola tenga capacidad explicativa. Además, incluso la definición de oportunidad política de Tarrow hace énfasis en la interacción entre sujeto y estructura cuando define las oportunidades como “señales continuas –aunque no necesariamente permanentes, formales o a nivel nacional– percibidas por los agentes sociales o políticos que les animan o desaniman a utilizar los recursos con los que cuentan para crear movimientos sociales” (1999, p. 89); ello quiere decir que no existe una oportunidad política objetiva al margen de los procesos de percepción y construcción de sentido agenciados por los actores.

Aunque la profesora Massal formula importantes críticas y limitaciones del enfoque emocional, quedan sin responder varios problemas, ya presentes en perspectivas como las teorías de la frustración-agresión. Esa perspectiva explicaba la acción colectiva de forma tautológica: era la manifestación de algún tipo de frustración, pero tal frustración solo podía constatarse porque existía acción colectiva: una explicaba la otra y viceversa. Eso mismo puede pasar con el enfoque emocional; sabemos que hay emociones porque hay acción colectiva y la acción colectiva en buena medida se explica por emociones. Por otro lado, el enfoque emocional puede aportar a la comprensión de los procesos de enrolamiento, mantenimiento y declive del compromiso individual con la acción colectiva, como manifiesta la autora. No obstante, aunque resalta los procesos no racionales que están en la raíz de la acción colectiva y en este sentido funciona como una crítica a los enfoques racionalistas (Massal, p. 307), no es suficiente para ir más allá de la dicotomía cartesiana entre lo “cognitivo” y lo emocional. Quizás esa dicotomía, al igual que el hiato en que insiste la profesora Massal entre lo individual y lo colectivo, se encuentran mejor problematizados en ciertos enfoques analíticos latinoamericanos, notoriamente ausentes en el libro, como los de Raúl Zibechi (2006) o Pablo Mamani (2010), entre otros.

Al final de su obra, la profesora reitera que su esfuerzo es exploratorio y deliberadamente inacabado, una invitación a pensar la movilización social y formular preguntas y senderos para la investigación. Así pues, tanto los cuestionamientos que hace explícitos en su texto, como los problemas que es capaz de suscitar constituyen una buena señal del grado en que consigue realizar su objetivo.

Referencias

- Mamani, P. (2010). *El rugir de las multitudes. Microgobiernos barriales*. La paz: La mirada Salvaje; Willka.
- McAdam D., McCarthy J. y Zald Mayer N. (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Itsmo.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tarrow S. (1999). Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales. En D. McAdam, J. McCarthy y Mayer Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales* (pp. 71-99). Madrid: Istmo.
- Zibechi, R. (2006). *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*. Buenos Aires: Tinta Limón.